

Asistencialismo individualizante, romantización ideológica y mercantilización emocional: rasgos de la psicología clínica contemporánea

**Welfare that individualizes, ideological romanticization and emotional
commodification: Features of contemporary clinical psychology**

Jesús De La Luz Castillo

Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Xochimilco (México)

Resumen: El presente escrito señala tres rasgos comunes de la práctica clínica de la psicología actualmente. Desde la intersección psicología crítica - marxismo - psicoanálisis, se puntualizan prácticas y nociones sobre la psicología clínica que imperan en la sociedad como resultado de las implicaciones económico-políticas que sostiene con el capitalismo. En primer lugar, se cuestiona el papel auxiliar y secundario que desempeña socialmente la psicología clínica como práctica individual. En un segundo momento, se analizan diversas ideas que se han ido promoviendo recientemente sobre la importancia de tomar terapia, así como sus consecuencias. Por último, se expone la estrecha relación que tiene la psicología clínica con el capitalismo y su mercado a través de la atención psicológica que brinda.

Palabras clave: Capitalismo, individuos, malestar, psicología clínica, psicologización.

Abstract: This paper highlights three common features of current clinical practice in psychology. From the intersection: Critical Psychology - Marxism - Psychoanalysis, practices and notions about the clinical psychology that prevail in society as a result of the economic-political implications that capitalism maintains are pointed out. First, the auxiliary and secondary role that clinical psychology plays socially as an individual practice is questioned. In a second moment, various ideas that have been promoted recently about the importance of taking therapy, as well as its consequences, are analyzed. Finally,

the close relationship that clinical psychology has with capitalism and its market is exposed through the psychological care it provides.

Keywords: Capitalism, individuals, discomfort, clinical psychology, psychologization.

Introducción

El papel que la psicología ha desempeñado desde su surgimiento ha sido heterogéneo y cambiante. Desde sus primeras formulaciones como disciplina científica hasta sus múltiples ramificaciones, la psicología se ha presentado como una herramienta para el conocimiento del ser humano. En la actualidad, parece encontrarse en un punto de consolidación y de máxima visibilidad, al autoproclamarse pieza indispensable para el bienestar individual promoviendo una psicologización de la cultura. En este contexto, sus nociones, categorías y presupuestos comienzan a colocarse por encima de otras cosmovisiones, disputando a su vez, a la filosofía, la sociología o la antropología el monopolio de la interpretación del mundo social y subjetivo de la vida cotidiana.

Bajo este panorama, el presente texto se inscribe en una tradición crítica que ha cuestionado la función y el alcance de la psicología en tanto disciplina académica y práctica clínica. Críticas provenientes de distintos campos del pensamiento han señalado cómo la psicología, más que constituirse como un saber neutral o emancipador de los individuos, participa activamente en la configuración de sujetos producidos por los imperativos de cada época. Autores como Klaus Holzkamp, Jacques Lacan, Louis Althusser, Michel Foucault, Georges Politzer, David Pavón-Cuéllar, Ian Parker, entre muchos otros, han desmantelado los discursos de neutralidad científica, evidenciando los vínculos de la psicología con la reproducción de estructuras de poder. Por lo tanto, el presente escrito pretende ser una contribución más a dicho horizonte crítico.

De manera puntual, el análisis que aquí se presenta examina la práctica clínica de la psicología desde un cruce teórico que articula tres perspectivas fundamentales: la psicología crítica, el marxismo y el psicoanálisis. A través de esta intersección, se busca comprender con mayor precisión las problemáticas y efectos que la práctica clínica genera en un contexto histórico y material dominado por la lógica del capitalismo. La propuesta se ubica en lo que podría considerarse un abordaje metapsicológico de la psicología como práctica profesional, pues, en palabras de Pavón-Cuéllar (2016), es “en la metapsicología del sistema en la que debemos resolver la psicología del individuo con su conciencia y su voluntad, con su espíritu de lucha y su capacidad de resistencia, pero también con sus impulsos, apetitos, representaciones, cogniciones, comportamientos, pensamientos y sentimientos” (p. 146). Es decir, la

psicología clínica no puede analizarse simplemente como la interacción entre psicólogo y paciente, sino como una práctica cargada de significados ideológicos y atravesada por el sistema económico-político vigente.

Desde esta perspectiva, lo que se pretende desmontar son los discursos y prácticas psicologizantes que, bajo la apariencia terapéutica, ocultan la verdadera función de la psicología en el capitalismo contemporáneo: ser un instrumento ideológico que favorece la adaptación y adopción de los individuos a las condiciones impuestas por el sistema. En este sentido, el carácter de la reflexión que aquí se desarrolla es explícitamente político. Como afirma Parker (2020), “hay una agenda política en la búsqueda y práctica psicológica”, una agenda “que los psicólogos ocultan” o “que se han negado a permitirse pensar” (p. 16). Retomando esta idea, la intención es “repolitizar lo que se ve despolitizado al ser psicologizado” (Pavón-Cuéllar, 2019, p. 24), a saber, volver a situar en su justa dimensión histórica, material e ideológica las prácticas y discursos que se generan dentro y fuera de la clínica psicológica.

Así, el propósito fundamental es reinsertar a la psicología — particularmente en su vertiente clínica— en el terreno de lo social y lo histórico, desmontando la ilusión de que lo psicológico y sus expresiones pueden reducirse a fenómenos individuales. En consecuencia, se busca demostrar que no solo los conceptos y métodos de la psicología deben replantearse desde una perspectiva crítica, materialista y atenta a lo inconsciente, sino también todo aquello que se despliega a partir de lo psicológico en la vida cotidiana y en la organización social. Partiendo de este ejercicio, se señalan y problematizan tres rasgos contemporáneos que atraviesan de manera transversal las diferentes formas de la práctica clínica en la actualidad, con el fin de mostrar el lugar que ocupa la psicología en el capitalismo actualmente.

Asistencialismo individualizante

Detrás del aparente enfoque social que se atribuye a la práctica clínica de la psicología, se esconde una compleja trama de elementos políticos y sociales que condicionan su funcionamiento y sentido. Para comprender esta dimensión es necesario recordar, en primer lugar, la función histórica que han desempeñado los distintos modelos de asistencia social. Tal como señala Jonny Alexander Cruz (2012), la asistencia social se entiende como “intervenciones que se ofrecen a comunidades o personas que sufren o han sufrido alguna calamidad o situación de emergencia” (p. 2). En esta línea, la práctica psicológica no constituye una excepción: se inserta dentro de un marco asistencial, pero con una peculiaridad fundamental. Su carácter paliativo aparece intensificado, en tanto se presenta como un medio para aliviar individualmente las consecuencias sociales en forma de malestares que genera el capitalismo a partir de la desigualdad, la explotación laboral, el deterioro medioambiental, la precariedad económica, etc. Todo ello sin

necesidad de estar formalmente inscrita en la estructura jurídico-política que regula otros mecanismos de asistencia social.

Desde una perspectiva marxista, esta dinámica puede explicarse en función de las determinaciones que el sistema económico-político impone sobre el saber psicológico. Como recuerda Pavón-Cuéllar (2011), “el capitalismo determina forzosamente la forma y los contenidos característicos de la psicología que surge y que se desarrolla en un contexto capitalista” (p. 16). Dicho de otro modo, el propio sistema que produce malestar se vale de la psicología para gestionar sus efectos, no mediante intervenciones estructurales, sino a través de lo que Michel Foucault (2008) conceptualizó como “tecnologías del yo”: prácticas que “permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad” (p. 48).

En este marco, la psicología clínica no solo proporciona un repertorio de técnicas, sino que fomenta dependencia y subordinación a un conjunto de nociones que, presentadas como útiles y funcionales, operan en realidad como construcciones ideológicas que son comunicadas a través de la subjetividad del psicólogo. Este sesgo había sido anticipado por Jacques Lacan en su Seminario 2 (1983), cuando advirtió que, en el Esquema Z, el vínculo entre a (yo) y a' (otro) corre el riesgo de consolidar imaginariamente la figura del Otro como poseedor exclusivo del saber, desplazando la atención de lo que estructuralmente está en juego más allá de ambos. Así, la psicología clínica no previene los malestares ni cuestiona las condiciones materiales que los producen, sino que los asume como inevitables, limitándose a conducirlos hacia el terreno de la solución individual. Este proceder revela la comodidad de una práctica que consiste en psicologizar y biologizar los malestares, interpretándolos como una falta de comprensión, gestión y adaptabilidad de los individuos frente a la realidad que habitan.

En este punto, la psicología encarna lo que Parker (2016) denomina “ideología burguesa en su estado más puro, ideología condensada en los modelos de desarrollo, de la personalidad y del trastorno mental”. Está se presenta “empaquetada como ‘autoayuda’ para que, a medida que uno trabaja sobre sí mismo y sobre su propia psicología, llegué a creer en un nivel aún más profundo que su alienación es su problema, y que su responsabilidad es hacer de su pequeña prisión del sí-mismo un lugar más feliz para vivir” (p. 2). Se trata, entonces, de un modo de operar sutil y difícil de detectar, que desplaza el origen estructural y social de los problemas hacia el plano de lo individual, transformando la psicología en una suerte de saber elemental indispensable para alcanzar el bienestar

personal, mientras se oculta su función como dispositivo al orden del capitalismo.

En este proceso, la práctica psicológica no solo interviene sobre malestares, sino que contribuye a administrar y categorizar las formas de vida, generando perfiles normalizables y funcionales a la demanda social vigente. Este trabajo de psicologización instala la ilusión de que los conflictos deben resolverse en el plano individual, invisibilizando las estructuras que los producen. De este modo, la clínica traslada a sus usuarios la responsabilidad exclusiva de su mejora. Tal operación confirma que, más que subvertir el orden establecido, la psicología clínica lo mantiene, diseminando a través de la individualidad modos de pensar y de comportarse que fragmentan la cohesión social y política. En este sentido, resulta esclarecedora la lectura psicoanalítica de Parker y Pavón-Cuéllar (2021): es necesario “estar nosotros mismos en el lugar del ello, pero no para desalojarlo, sino para encontrar ahí la brújula de nuestra subjetividad” (p. 64), un gesto que la psicología clínica, en su versión dominante, evita sistemáticamente. Por ende, la práctica profesional de la psicología no solo se encarga de mantener el orden estructural mediante el plano de lo individual sino de diluir su vínculo social y político.

En suma, si la psicología clínica presume de poseer un saber capaz de dar sentido a los actos y calmar la conciencia de los individuos, lo hace bajo el modelo de un asistencialismo individualizante, debido a que cuenta con características que “históricamente han implementado las clases dominantes para paliar mínimamente la miseria que generan, y para perpetuar el sistema de explotación cuya esencia es dar algo de alivio para relativizar y frenar el conflicto, garantizando la preservación de privilegios en manos de pocos” (Alayón, 1989, p. 5). Por ende, la psicología clínica, lejos de intervenir sobre las condiciones materiales concretas de los pacientes, centra su atención en las manifestaciones fenomenológicas de sus malestares. Más aún, la clínica es una parte indispensable que sostiene el sistema mediante la descentralización del origen de los malestares de los individuos. Cómo lo sintetizan Parker y Pavón-Cuéllar (2021): “La psicologización, en sus diferentes aspectos contradictorios, reduce los más diversos fenómenos culturales, sociales y políticos a mecanismos psicológicos individuales, haciéndonos creer a cada uno de nosotros, como individuo, que es causante de la angustia en este mundo y que es capaz de resolverla” (p. 155).

Romantización ideológica

En los últimos años, la práctica clínica de la psicología ha sido objeto de un proceso de idealización creciente que ha modificado radicalmente su estatuto sociocultural. Asistir a terapia psicológica, que antes se concebía como un recurso reservado para quienes atravesaban situaciones de crisis, ha pasado a convertirse en un signo de prestigio simbólico y en una forma

de validación social. Esta tendencia, impulsada por discursos mediáticos y reforzada en gran medida por la expansión de las redes sociales, ha derivado en lo que podría denominarse una estigmatización pasiva hacia quienes, por diversos motivos, no participan de este proceso terapéutico. De este modo, lo que en apariencia se presenta como una elección personal comienza a imponerse como una obligación social y moral, dando lugar a lo que Parker (2007) describe como un fenómeno en el que “el individualismo en la disciplina se precipita y pasa a convertirse en una modalidad de totalitarismo” (p. 53).

Este desplazamiento revela un cambio profundo en la percepción de la psicología clínica. Si en otros momentos históricos fue considerada un espacio de normalización para aquellos sujetos catalogados como anormales o desviados, en la actualidad se ha resignificado como un lugar que otorga estatus, reconocimiento y un valor social diferencial. En palabras de Parker (2020): “el efecto ideológico de la psicología es ‘profundo’ dentro del individuo, cuando provee un modelo de cómo comportarse y cómo pensar; y es aún más amplio y obviamente político en la manera en que supone que ciertos tipos de condiciones sociales en las que su versión del individuo puede florecer” (p. 17). Así, la asistencia a terapia no se limita a ser una práctica para el bienestar individual, sino que se constituye como un marcador de pertenencia cultural y moral.

Este proceso se materializa en discursos que circulan con fuerza en la esfera digital. En plataformas como *Instagram*, *TikTok* o *Facebook* proliferan publicaciones y anuncios con frases que colocan el asistir a terapia dentro del terreno del deber ser de una manera romántica: “Ir a terapia es un acto de amor propio”, “Ir a terapia te ayuda a sanar heridas y traumas de la infancia”, “A terapia no van quienes tienen problemas, van quienes quieren resolverlos”, “Ir a terapia es ser acompañado por un profesional en tu proceso de transformación”, “La terapia nos ayuda a entender que somos más que nuestras circunstancias”, entre muchas otras. Estas frases apelan sentimentalmente a sus lectores a creer que el cambio más importante radica en el cambio individual y no en el social o político.

Por otro lado, este hecho revela la evitación, principalmente por parte de los psicólogos, de plantear abiertamente temas, problemas e impases que aparecen con frecuencia en la relación clínica, lo cual denota también una falta de conocimiento epistemológico y posicionamiento ético-político que sustente y guíe su práctica frente al contexto actual. De esta manera, las teorías psicológicas quedan relegadas, mientras que las concepciones ideológicas sobre la función de la clínica se fortalecen. Como afirma Pavón-Cuéllar (2011), “no solo cada teoría psicológica, sino también su práctica pertenece a la ideología específica de un momento histórico y obedece a su posición en las relaciones sociales de ese momento histórico” (p. 16).

Otro rasgo central de esta romantización es la sobre-reproducción de axiomas y aforismos socioculturales, frecuentemente importados de la religión, la espiritualidad o el misticismo, que se presentan bajo un ropaje psicológico. Expresiones como: “Cualquier persona puede cambiar su vida al cambiar sus pensamientos”, “Cada desafío es una oportunidad para la evolución y el crecimiento personal”, “El equilibrio no se encuentra, se crea”, “La felicidad no está en el tener, sino en el ser” o “Si algo no avanza, suéltalo y avanza tú”, operan como dispositivos normativos. Estos enunciados, aunque aparentemente inofensivos, prescriben modelos de conducta y de subjetividad, al tiempo que invisibilizan las condiciones estructurales que determinan las experiencias de los individuos.

En la práctica clínica, los psicólogos que se apoyan en tales frases terminan generando prejuicios frente a las posiciones subjetivas de los pacientes, reduciendo los dilemas existenciales, los sentidos inconscientes y los problemas lógicos a meros problemas de actitud o gestión emocional. En este sentido, como señala Parker (2020), “el lenguaje de la psicología reemplaza varias explicaciones políticas” y “limita el margen de maniobra para el cambio social” (p. 23). No obstante, hoy en día este fenómeno se radicaliza: no solo se sustituye lo político por lo psicológico, sino que incluso se reemplaza el propio lenguaje de la psicología por metáforas espirituales, motivacionales o místicas que oscurecen las implicaciones políticas latentes en la práctica clínica. Esta operación desemboca en lo que Parker denomina “esencialismo, en el que las cualidades de la actividad humana son separadas entre sí, para que puedan estar sujetas a categorización y refinamiento dentro de un modelo psicológico de la persona” (2020, p. 16).

Más aún, el sufrimiento, que en la psicología clásica se entendía como síntoma, es reconfigurado bajo una lógica romantizada. Parker (2007) advierte que se lo redefine “como un desorden, un fracaso o una enfermedad”, convirtiendo “nuestra propia opresión en ‘pensamientos negativos’ que nos hacen sentir mal y que se encuentran dentro de nosotros” (p. 15). Además, en la actualidad ese sufrimiento no solo se patologiza, sino que se celebra como oportunidad de crecimiento o transformación personal, reforzando la idea de meritocracia que subyace al capitalismo. Por esta razón, hay un retorno velado a la psicología clásica como abstracción o teoría del alma, tal y como lo señala Althusser (1963) al retomar a Politzer (1964): “Las abstracciones de la psicología clásica, son conceptos de las facultades del alma: eso no existe; y es del todo normal, puesto que el objeto que la psicología clásica se da es el alma, y el alma no existe” (p. 11).

En síntesis, la romantización ideológica de la psicología clínica contemporánea alcanza su máxima expresión en el ámbito digital, donde frases publicitarias y motivacionales la presentan como garante de la verdad sobre cómo deben ser y vivir los individuos. Confirmando que “el

problema radica, en buena parte, en el encanto intuitivo de la psicología”, en el hecho de que “se ha infiltrado en las explicaciones mundanas de la conducta hasta el punto de reaparecer en las vidas de aquellos que se creen ajenos a la psicología” (Parker, 2007, p. 19). Las consecuencias de este proceso son profundamente políticas: la aniquilación de la subjetividad de los individuos antes de ingresar a la experiencia terapéutica y la consolidación de la psicología clínica como una de las herramientas ideológicas más eficaces al servicio del capitalismo contemporáneo.

Mercantilización emocional

La psicología, como disciplina moderna, surge de manera paralela a la consolidación del capitalismo y se estructura en sintonía con las necesidades de dicho sistema. Aunque suele presentarse como una práctica autónoma, aparentemente desligada de las condiciones materiales e históricas que hicieron posible su nacimiento, lo cierto es que la psicología nunca ha podido escapar de ese entramado. De hecho, con frecuencia procura distanciarse, borrando sus huellas históricas y negando su imbricación con el orden económico-político vigente. De este modo, evita uno de los descubrimientos fundamentales del psicoanálisis freudiano, a saber, desvelar “la experiencia inmediata para establecer las relaciones sociales de opresión que se esconden en ella y que se expresan en la situación concreta de la vida de los individuos” (Holzkamp, 2015, p. 200). En gran parte de las clínicas psicológicas actuales ese horizonte no existe. Por el contrario, se componen de procedimientos de corte paliativo, sugestivo, moralizante y, sobre todo, despolitizado, que tienden a aislar el malestar del individuo de sus condiciones materiales y estructurales.

Desde una perspectiva marxista, es posible señalar que el valor de uso de la atención psicológica clínica se encuentra atravesado por una contradicción fundamental: lejos de satisfacer genuinamente las necesidades de los sujetos, su función principal consiste en preservar las condiciones estructurales que producen sus síntomas y sufrimientos. Dicho de otra manera, los beneficiarios directos de la práctica psicológica no son los pacientes, sino la propia disciplina y el sistema capitalista que se aprovecha de ella. En este sentido, no es casual que la psicología clínica se encuentre inmersa en dinámicas de mercado que la convierten en un producto de consumo. Así lo muestran las estrategias publicitarias que despliegan muchos psicólogos clínicos en su ejercicio profesional, interpelando a los sujetos como potenciales clientes mediante mensajes de autosuperación y bienestar alcanzable: “A veces alguien tiene que cuidar de ti, y a veces ese alguien eres tú”, “La paz interior no es el fin, es el punto de partida”, “Todas tus emociones son válidas, no estás solo”, “Nunca es tarde para trabajar en ti”, “Si no expresas tus emociones, si no escuchas tu ser, te acabarás traicionando a ti mismo”, entre otras.

Estas frases, que circulan ampliamente en redes sociales, carteles digitales y anuncios de consulta privada, revelan que la clínica psicológica no está al margen del mercado, sino que se encuentra plenamente atravesada por él. La elección de este lenguaje publicitario muestra con claridad un posicionamiento político, social y ético de la disciplina que muchas veces pasa inadvertido bajo el disfraz de ayuda profesional. En esta línea, la atención psicológica constituye un ejemplo claro del proceso señalado por Parker (1999) como una de las tres preocupaciones centrales de “una teoría marxista en la esfera de la psicología”: la mercantilización, junto con la alienación y la individualización. Lo psíquico se convierte en mercancía, susceptible de ser consumido, gozado y capitalizado.

Este fenómeno evidencia cómo, en la lógica del capitalismo, incluso las experiencias subjetivas —deseos, emociones, ansiedades y esperanzas— pueden convertirse en valores. De ahí que la clínica se vea obligada a operar bajo la forma de un servicio pagado, en el que el sufrimiento individual deviene fuente de plusvalía. Este proceso comienza en el plano ideológico y termina por materializarse en el plano simbólico, es decir, en el pago. De esa manera, la economía política penetra en el núcleo mismo de lo psicológico. Por lo tanto, la práctica profesional de la psicología es una expresión más de cómo “el mercado se impone como la única realidad”, donde todo “tiene que ser mercantilizado, vendido, comprado y explotado” (Parker y Pavón-Cuéllar, 2021, p.113).

Así pues, la práctica clínica no solo genera ingresos para los profesionales, sino que también reproduce relaciones de dominación simbólica, legitimando la idea de que los problemas humanos deben ser resueltos a partir del consumo de servicios especializados. La psicología clínica se integra entonces plenamente en la lógica del capitalismo, al ofrecerse como un dispositivo que participa activamente en la producción y regulación de subjetividades funcionales al orden económico-político, imponiéndose por encima de cualquier tipo de relación social y profesional. Incluso en su aspecto más concreto, el pago de una sesión psicológica obedece a la lógica de la oferta y la demanda, lo cual sitúa la denominada salud mental en un plano de desigualdad: sólo quienes cuentan con los recursos económicos suficientes pueden acceder a la atención psicológica, quedando fuera de su alcance amplios sectores de la población.

Este hecho refleja cómo la subjetividad se estandariza y se somete a los parámetros del mercado, hasta el punto en que, como menciona Parker (2007), “las descripciones psicológicas de las acciones individuales tienden a ser aceptadas con entusiasmo por los más perjudicados por dichas descripciones”, mientras que “los que se benefician de convencer a las personas de que los problemas pueden ser reducidos a cómo pensamos o sentimos, con gran razón, también creen en la psicología” (p.12). En este sentido, se vislumbra el papel y lugar estructural que desempeña la psicología clínica y los psicólogos que la practican. De ahí la relevancia de

este abordaje metapsicológico, pues en la economía-política y sus implicaciones está la base de todo lo psicológico, que termina por desembocar en la práctica profesional de la psicología.

En definitiva, la psicología clínica no puede comprenderse al margen de las condiciones históricas y materiales que la hacen posible. Su práctica no solo se acomoda al mercado intelectual y profesional, sino que se ha convertido en un engranaje indispensable para el funcionamiento del capitalismo contemporáneo. Así lo afirma David Pavón-Cuéllar (2016) al señalar que “el capitalismo no podría prescindir, en efecto, de un complejo compuesto de concepciones y representaciones, expectativas y temores, motivaciones y emociones, deseos y pulsiones, actitudes y comportamientos, interacciones y relaciones, construcciones de la identidad y estructuraciones de la personalidad” (p.141). La psicología clínica se encarga de gestionar, moldear y regular todos estos elementos, reforzando procesos de individualización y despolitización, al mismo tiempo que los mercantiliza. En lugar de socializar los conflictos y politizar las experiencias, la disciplina tiende a psicologizarlos para los mecanismos de explotación propios del sistema. Por ello, no es exagerado afirmar que la clínica contemporánea mercantiliza a los individuos no sólo como trabajadores y consumidores, sino también a través de sus propios malestares y experiencias, dando paso a la mercantilización emocional.

Conclusión

Las implicaciones de la práctica profesional de la psicología atraviesan hoy múltiples niveles de la vida social, excediendo con mucho el ámbito académico o el terreno clínico. La disciplina, lejos de orientar su ejercicio hacia procesos de socialización, ha tendido a reproducir y reforzar la lógica de la individualización mediante nociones, discursos y prácticas que, en última instancia, favorecen al propio campo psicológico y, sobre todo, al capitalismo. Esta constatación obliga a mantener una crítica materialista constantemente renovada, capaz de desentrañar los alcances, las formas y los espacios en los que se despliega dicha articulación. Solo a partir de un examen riguroso pueden identificarse las condiciones, los mecanismos y los elementos que sostienen su funcionamiento y sus efectos en la subjetividad contemporánea. De igual manera, la psicología crítica se presenta como una alternativa analítica imprescindible. A diferencia de la romantización ideológica de la clínica, la psicología crítica “se interesa y se inmiscuye abiertamente en el contexto real, económico, social, cultural y político” (Pavón-Cuéllar, 2011, p. 13), situando el foco en las condiciones materiales que atraviesan tanto la práctica profesional como la vida de los individuos.

No obstante, paradójicamente también ahí —en el espacio clínico— se abre un resquicio para dar cabida a diversas formas y posibilidades de subversión, tal y como lo propone la práctica psicoanalítica donde lo

“primero y lo mínimo que esta tarea exige del psicoanalista es que se abstenga de persuadir, sugestionar o manipular al analizante”. Mientras se “escuchan, establecen y analizan conexiones entre significantes, conexiones que tal vez jamás hayan hecho antes” (Parker y Pavón-Cuéllar, 2021, p.119), para finalmente operar subjetivamente sobre las articulaciones estructurales que se manifiestan por medio del sujeto del inconsciente. En esa práctica, la clínica no opera como un dispositivo de adaptación, sino como un espacio para desplegar conexiones que remiten a estructuras sociales más amplias, revelando así que lo psíquico no puede desvincularse de lo económico-político.

Frente a los tres rasgos problemáticos señalados en este trabajo, resulta pertinente esbozar tres líneas de acción críticas. En primer lugar, es imprescindible recordar, como advierte Parker (2007), que toda “interpretación acerca de lo que la psicología debería ser es parcial, por lo que no resulta recomendable creer a ningún psicólogo que afirme con certeza que hay algo en lo que todos están de acuerdo” (p.22). Esto es fundamental para evitar la naturalización de discursos hegemónicos que suelen encubrir intereses económico-políticos para su propio beneficio. En segundo lugar, urge replantear los abordajes individualistas imperantes en la disciplina: “necesitamos aprender a entender nuestros problemas como procesos sociales en lugar de dejarnos en manos de aquellos que volverán a convertirlos en aspectos psicológicos” (Parker, 2007, p.15). Este giro implica reubicar al sujeto en su red de relaciones sociales, desplazando la mirada de la interioridad aislada hacia la historicidad compartida.

Finalmente, debe asumirse de manera explícita que toda práctica clínica es también una práctica política en un sentido psicoanalítico. En palabras de Parker y Pavón-Cuéllar (2021), es necesario tener presente “la tarea política de movilizar fuerzas inconscientes mientras distinguimos qué fuerzas perpetúan la ideología y cuáles tienden a nuestra libertad” (p.70). Solo así podrá mantenerse abierto el horizonte de creación y experimentación de formas alternativas de subjetivación, orientadas a la transformación social y política.

En síntesis, si la psicología clínica ha servido hasta ahora como engranaje del capitalismo, al psicologizar e individualizar los procesos sociales y las consecuencias económico-políticas en forma de malestares, la psicología crítica, el marxismo y el psicoanálisis se presentan como elementos indispensables para analizar, mostrar y subvertir su lugar en el presente. La cuestión no es negar la clínica, sino disputar su sentido, dándole un potencial emancipador que resista al asistencialismo individualizante, la romantización ideológica y la mercantilización emocional, permitiendo pensar otro tipo de prácticas y modos de subjetividad menos dóciles al capitalismo.

Referencias

- Alayón, N. (1989). *Asistencia y Asistencialismo. ¿Pobres controlados o erradicación de la pobreza?* Buenos Aires: Hvmnitas, 2000.
- Althusser L. (1963). Primera conferencia: El lugar del psicoanálisis en las ciencias humanas. En Alejandro Arozamena (ed), *Psicoanálisis y Ciencias Humanas: Dos Conferencias*. Granada: Le Livre De Poche, 2025.
- Cruz, J. (2012). Asistencialismo social y modernidad: Un proyecto de colonialidad. *Poiésis*, 24, 1-7.
- Foucault, M. (2008). Tecnologías del yo. En Mercedes Allendesalazar (ed.), *Tecnologías del yo y otros textos afines* (pp. 45-94). Buenos Aires: Paidós.
- Holzkamp, K. (2015). *Ciencia marxista del sujeto: Una introducción a la psicología crítica*. Madrid: La Oveja Roja.
- Lacan, J. (1983). *Seminario 2: El yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2008.
- Parker, I. (2020). La psicología crítica como psicológica histórica-cultural: Las dimensiones políticas y las limitaciones del conocimiento psicológico. *Tesis Psicológica*, 15 (2), 14-31.
- Parker, I. (2007). *La psicología como ideología: contra la disciplina*. Madrid: Catarata.
- Parker, I. (1999). Marxism, ideology and psychology. *Sage Journals*, 9 (3), 291-293.
- Parker, I. (2016). Psicología y marxismo en México. *Teoría y Crítica de la Psicología*, 7, 1-6.
- Parker, I. y Pavón-Cuéllar, D. (2021). *Psicoanálisis y Revolución: Psicología crítica para movimientos de liberación*. Santiago de Chile: Pólvora.
- Pavón-Cuéllar, D. (2011). La psicología crítica de Ian Parker: análisis de discurso, marxismo trotskista y psicoanálisis lacaniano. *Teoría y Crítica de la Psicología*, 1, 1-42.
- Pavón-Cuéllar, D. (2016). Metapsicología del Capital. *Teoría y Crítica de la Psicología*, 7, 139-149.
- Pavón-Cuéllar, D. (2019). *Psicología Crítica: definición, antecedentes, historia y actualidad*. Ciudad de México: Editorial Itaca.
- Politzer, G. (1964). *Crítica de los fundamentos de la psicología*. Ciudad de México: Libreros.

Fecha de recepción: 3 de diciembre de 2024

Fecha de aceptación: 25 de noviembre de 2025